

1.

Nicoló abrió su carpeta desanudando las cintas de tela y rebuscó, entre las láminas ya dibujadas, una cuartilla en blanco. Entonces, comenzó a realizar los primeros bocetos del paisaje que le rodeaba, tan sugerente y diverso al de su Venecia natal.

El andar pausado de su caballo no le impidió trazar con precisión las colinas pedregosas que se perfilaban en la lejanía, frías y vacías, perdidas en la soledad de aquellas tierras, en la inmensidad de la vasta estepa que todo lo dominaba. (...) Poco después, Nicoló contuvo la respiración y detuvo su trabajo, guardando todo apresuradamente en las alforjas de cuero. Entre aquellas colinas que ya habían quedado esbozadas en su dibujo, surgió una imagen inquietante y móvil. (...) El galope tendido de los jinetes que se acercaban velozmente hacia ellos levantaba una densa polvareda a su alrededor que impedía calcular su número exacto. (...) Inesperadamente los jinetes pasaron de largo, sin prestar atención al grupo de mercaderes extranjeros.

Susana Fernández Gabaldón, Caravansarai, Col. Punto juvenil, nº 80, ed. Casals, S.A, Barcelona, 2003

2.

En ocasiones, los detalles son tan insignificantes que no hacen sino confundir lo más esencial, el tono, la forma y el fondo de lo que se está intentando contar.

Sin embargo, imagino que es necesario que diga, al menos, cómo me llamo y a qué me dedico. (...)

Y al llegar al final... que cada cual examine su propia coincidencia.

Me llamo David Rojas y soy psiquiatra. Trabajo en un hospital como ese que tienes cerca de casa o ese otro que conoces de vista o por haber ido alguna que otra vez a ver a alguien o para que te curaran una herida. Es todo lo que necesitas saber, salvo, quizá, que me gusta profundizar en aquello que menos conocen: su mente. Si a alguien le duele el estómago, es que ahí dentro algo no va bien, y si alguien le duele un pie, exactamente lo mismo. Pero hay muchas personas que tienen males en la cabeza que no les duelen y que no se pueden curar con aspirinas.

Jordi Sierra i Fabra, El niño que vivía en las estrellas, col. Alfaguara juvenil, Ediciones Santillana, 2007

3.

Un aullido rasgó la noche y, como un agónico lamento, se elevó hacia la luna llena que presidía el cielo estrellado. Un aullido estremecedor, que parecía cargado de tristeza, miedo, dolor y odio.

El extranjero se detuvo al oírlo y lo escuchó con atención, como si pudiera comprender su mensaje. Había sonado muy cerca, pero esto no pareció asustarle. Cuando la voz de la criatura se extinguió, el hombre sonrió levemente y, alzando el farol en alto, se desvió de su camino para acudir a su encuentro.

Sabía que era un intruso en aquella tierra salvaje, pero había atravesado las montañas sin prestar atención a las advertencias que traían los aullidos de los lobos.(...)

Intuía la presencia de la criatura acechando en la penumbra. (...) Y cuando, finalmente, el lobo saltó sobre él con un gruñido de triunfo, el extranjero reaccionó con calma, rapidez y precisión, alzando la manos y pronunciando unas palabras en un lenguaje arcano, vedado a la mayoría de los mortales.

Laura Gallego García, Crónicas de la torre. Fenris, el elfo, 2010, Ediciones SM, Madrid, 8ª ed. 2013.

4.

El mundo se divide en dos tipos de personas: los genios y los demás. Eso es lo que dice mi madre. Entre los genios se encuentra mi hermano. Entre los demás me encuentro yo. (...) Me llamo Lola, tengo diez años y me gusta el fútbol. Cuando juego lo que más me gusta es defender al que lleva la pelota y no dejarle acercarse a nuestra portería. (...)

Aunque soy chica, estoy en el equipo de fútbol del colegio. (...) A veces los jugadores de los demás equipos se extrañan de tener que jugar contra una chica, cómo corro y cómo le pego a la pelota. También me gusta el baloncesto y el tenis y el atletismo.

Siempre que voy caminando por la calle juego a saltar baldosas de tres en tres o de cuatro en cuatro, y me imagino que bato el récord mundial de salto de longitud.

Rodrigo Muñoz Avia, Mi hermano el genio, 2010, col. Tucan, ed. Edebé, Barcelona

5.

Durante varios días consecutivos habían cruzado por la ciudad jirones del ejército derrotado. No se trataba de la tropa, sino de hordas desbandadas. Los hombres llevaban barbas crecidas y sucias, uniformes andrajosos, y avanzaban con paso cansino, sin bandera, sin regimiento. Todos parecían abrumados, derrengados, incapaces de una idea o de una resolución, marchaban sólo por hábito, y se caían de fatiga en cuanto se detenían. Se veía sobre todo a movilizados, gente pacífica, tranquilos rentistas, doblados bajo el peso del fusil; jóvenes voluntarios alerta, fáciles de asustar y prontos al entusiasmo, tan dispuestos al ataque como a la huida; y además, entre ellos, unos cuantos calzones rojos, despojos de una división triturada en una gran batalla; artilleros de uniforme oscuro alineados con aquellos infantes diversos; y, a veces, el brillante casco de un dragón de lentos andares que seguía a duras penas la marcha más ligera de los soldados rasos. Legiones de francotiradores de heroicas apelaciones pasaban a su vez, con aspecto de bandidos.

Guy de Maupassant, Bola de sebo y otros relatos (Bola de sebo), Traducción de Esther Benítez, Col. Aula de Literatura, ed. Vicens Vives, 1994, Barcelona

6.

Era una guerra larguísima y feroz que, como un caballo gigante y enloquecido al que nadie pudiera parar, galopaba saltando de un país a otro, destruyendo ciudades y campos, sembrando muerte, lágrimas, dolor, fuego y sangre.

Ocurrió hace muchísimos años. La guerra empezó como hasta ahora han empezado todas las guerras: nadie parecía quererla, pero las cosas venían mal desde hacía tiempo y todo el mundo estaba descontento.

En Europa todos eran cristianos, pero unos querían seguir obedeciendo al Papa, mandase lo que mandase, por lo que les llamaban “papistas”. Y otros protestaban siguiendo a Lutero, que fue el primero que protestó, porque les parecía mejor tener más libertad y que cada cual se las arreglara por su cuenta, por lo que les llamaban “protestantes”.

Marta OSORIO, Jinetes en caballos de palo (1982)

7.

Alrededor de las dos de la madrugada, sir Daniel se sentó junto a la chimenea de la posada, para calentarse después de haber pasado por los fríos y desapacibles pantanos de Kettley. Junto a él tenía una jarra de cerveza con especias. Se había quitado la celada, y estaba sentado con la cabeza apoyada en una mano, cómodamente envuelto en su capa roja. Al otro extremo de la habitación unos doce de sus hombres hacían guardia junto a la puerta, o dormían tumbados en los bancos; y, algo más cerca, un muchacho, que aparentaba unos doce o trece años, estaba acostado en el suelo, encima de su capote. El hostelero de la Posada del Sol se presentó ante el gran hombre.

Robert L. STEVENSON, La flecha negra (1991 ?)

8.

El autocar que transportaba a los alumnos del último curso del instituto giró a la derecha al llegar a la plaza de Neptuno y se estacionó en uno de los huecos reservados para las visitas de los grupos al Museo del Prado. Los ocupantes se levantaron de sus asientos y comenzaron a desfilar despacio por el pasillo hasta salir por la puerta delantera.

Tan sólo dos de aquellos jóvenes permanecían en la parte de atrás del vehículo: una bonita chica, de finos rasgos y melena rubia, y un muchacho guapete, con el pelo muy corto y vestido con una cazadora “bomber”, un pantalón de color caqui y unas botas de media caña. Ella parecía estar tratando de convencerle de que se decidiera a bajar para unirse al grupo.

Antonio GÓMEZ MONTEJANO, Los cuadros del tiempo (2000)

9.

Dos días después, yo esperaba ansioso la llegada de Millie y de todos los caramelos que, según me había dicho, iba a compartir conmigo; pero el pupitre de Millie permaneció otra vez vacío.

El director de la escuela llegó antes de las tres, acompañado de dos hombres vestidos de gris que parecían oficiales de policía, y que se quedaron en el vestíbulo. Nosotros estábamos asustados pensando que alguien se hubiera podido quejar de que habíamos roto el vidrio de alguna ventana; pero no se trataba de nada de eso. El director quería saber si alguno de nosotros había visto a Millie Adams camino de la escuela el día anterior.

Una chica levantó la mano y dijo que ella había pasado por casa de Millie para recogerla, pero no la había encontrado; por lo visto, Millie había salido de su casa a las ocho y cuarto, más temprano que nunca.

William IRISH, Aprendiz de detective (1998)

10.

Ofelia entró en mi vida cuando menos lo esperaba, un día corriente, cuando volvía de la escuela a casa, hace algo así como un año si no recuerdo mal.

Me la encontré en la calle y entonces no era más que una gatita desvalida y hambrienta que maullaba, asustada. Al verme, se acercó vacilando, y empezó a restregarse en mis vaqueros, dando vueltas entre mis pies, frotando su cabecita contra mis pantorrillas, con esos ademanes que hacen los gatos para captar nuestra atención. ¡Uf, a ver quién se resistía ante aquella monada! Y yo, claro, la cogí en mis manos. Y me pareció tan débil y pequeña que pensé que se me moriría antes de llegar a casa. A mamá también le dio pena en cuanto la vio: - ¡Pobre! ¡Está a punto de morir de hambre! Y lo dijo con ternura, con la misma preocupación que yo sentía.

Mariasun LANDA, Cuando los gatos se sienten solos (1997)

11.

Manuelita tenía treinta y siete años y estaba tan ocupada llevando la administración y explotación de la finca, la dirección de la finca y el cuidado de la finca que, francamente, no tuvo nunca tiempo ni ganas de pensar en novios. Todos los días recorría las tierras a caballo, vigilaba de cerca la siembra, siega, recolección, riegos, ventas y ganancias. Era trabajadora y fuerte como un hombre.

Una vez, un rico hacendado la pidió en matrimonio, y ella le contestó: “Ahora no tengo tiempo, después de la siega ya le contestaré.” Pasó el tiempo de la siega, el de la siembra, el de la vendimia, el de las cerezas, el de las manzanas, el de las nueces. Siegas y siembras y recolecciones se sucedieron, y, cuando un día, su hermana Leocadia le recordó que debía dar una contestación a su pretendiente, resultó que él se cansó de esperar...

Ana María MATUTE, El polizón de Ulises (1965)

12.

Habrían de pasar muchos años antes de que Max olvidara el verano en que descubrió, casi por casualidad, la magia. Corría el año 1943 y los vientos de la Gran Guerra arrastraban al mundo corriente abajo, sin remedio. A mediados de junio, el día en que Max cumplió los trece años, su padre, relojero e inventor a ratos perdidos, reunió a la familia en el salón y les anunció que aquél era el último día que pasarían en la que había sido su casa en los últimos diez años. La familia se mudaba a la costa, lejos de la ciudad y de la guerra, a una casa junto a la playa de un pequeño pueblecito a orillas del Atlántico.

La decisión era terminante: partirían al amanecer del día siguiente. Hasta entonces, debían empacar todas sus posesiones y prepararse para el largo viaje hasta su nuevo hogar.

Carlos RUIZ ZAFÓN, El Príncipe de la Niebla (1993)

13.

Cuando Harry bajó a desayunar a la mañana siguiente, se encontró a los tres Dursley ya sentados a la mesa de la cocina. Veían la televisión en un aparato nuevo, un regalo que le habían hecho a Dudley al volver a casa después de terminar el curso, porque se había quejado a gritos del largo camino que tenía que recorrer desde el frigorífico a la tele de la salita. Dudley se había pasado la mayor parte del verano en la cocina, con los ojos de cerdito fijos en la pantalla y sus cinco papadas temblando mientras engullía sin parar.

Harry se sentó entre Dudley y tío Vernon, un hombre corpulento, robusto, que tenía el cuello corto y un enorme bigote. Lejos de desearle a Harry un feliz cumpleaños, ningún de los Dursley dio muestra alguna de haberse percatado de que Harry acababa de entrar en la cocina, pero él estaba demasiado acostumbrado para ofenderse.

J. K. ROWLING, Harry Potter y el prisionero de Azkaban (2000)

14.

A Gilly siempre le había parecido una pérdida de tiempo sacar sus escasas pertenencias de la maleta marrón. Nunca sabía si iba a estar en un sitio el tiempo suficiente como para que valiera la pena hacer aquel trabajo. Aunque por otra parte era una forma de pasar el rato. Había dos pequeños cajones arriba y cuatro más grandes abajo. Puso la ropa interior en uno de los pequeños, y las camisas y tejanos en uno de los grandes, luego cogió la fotografía del fondo de la maleta.

Los ojos marrones de la mujer reían como siempre desde la fotografía con marco de cartón y a través de la cubierta de plástico. El pelo moreno y brillante caía suavemente ondulado, sin un solo cabello fuera de lugar. Parecía una estrella de televisión, pero no lo era.

Katherine PATERSON, La gran Gilly Hopkins (1978)

15.

Solamente faltan seis días para que comiencen las clases. Ojalá mi madre se hubiera emancipado, fuera feminista o madre trabajadora y, además, me planchara la ropa.

Creo que el primer día llevaré mi falda de tubo con calcetines altos y botines. Todavía no tengo clara la cuestión del maquillaje, porque si me tropiezo con la señorita Ojo de Halcón y me lo nota, me obligará a quitármelo y volveré a tener esa brillante y sonrojada cara que tanto gusta a los profesores de Educación Física. Por otro lado, tampoco puedo arriesgarme a ir al colegio sin maquillar. Por mucho que trate de escabullirme por callejuelas, tarde o temprano acabaré encontrándome con los chicos de Foxwood. Lo peor de todo es la maldita boina. Tendré que preguntar a las chicas qué han planeado al respecto.

Louise RENNISON, *Mi gato Angus, el primer morreo y el plasta de mi padre* (2001)

16.

Son exactamente las tres de la tarde del primer día de agosto y voy a cumplir la promesa. Mejor dicho: vamos a cumplir la promesa. La miro, siempre muy erguida frente al ordenador, y estoy segura de que todo saldrá bien. En este momento Antonio debe de estar cambiando impresiones con su padre sobre los últimos adelantos de la psiquiatría. Me da mucha pena Antonio, pero alguien tenía que sacrificarse. Aunque tampoco sé muy bien si será un sacrificio para él, porque, en el fondo, Antonio sueña con un bonito consultorio lleno de gente perfumada, y la voz de Belmira al teléfono: "Hola, señora Marques, ¿cómo está?, lo siento pero el doctor no podrá atenderla hasta el mes que viene." Esa historia de ser médico para el bien del pueblo a mí no me convence: es pura palabrería de Antonio para ganarse la simpatía de Renata.

Alice VIEIRA, *Cuaderno de agosto* (1997)

17.

La isla de los Estados, llamada también Tierra de los Estados, se halla en la extremidad sudoeste del Nuevo Continente. Es el fragmento del último y el más oriental del archipiélago magallánico, que las convulsiones de la época plutoniana lanzaron sobre esos parajes del paralelo cincuenta y cinco, a menos de siete grados del círculo polar antártico. Bañada por las aguas de dos océanos, la buscan los barcos que pasan de uno al otro, ya vengan del noroeste o del sudoeste, después de haber doblado el cabo de Hornos.

El estrecho de Le Maire, descubierto en el siglo XVII por el navegante holandés del mismo nombre, separa la isla de los Estados de la Tierra del Fuego, que dista unos veinticinco a treinta kilómetros. Representa para los barcos un paso más corto y fácil, y les evita las formidables olas que rompen en el litoral de la isla de los Estados.

Jules VERNE, El faro del fin del mundo (1905)

18.

- ¿Tengo que ir? Me da miedo.

Bajé la voz para decir que tenía miedo: los transportistas de la agencia de mudanzas estaban desarmando la casa y no quería que me oyeran. Pero no me oirían, porque no prestaban atención a nada, ni siquiera hablaban entre ellos, tres hombres que recogían muebles y bultos y los sacaban por las ventanas, con poleas, o llenaban de cajas el ascensor.

Había una invasión en la casa: sólo eran tres hombres silenciosos, pero en la casa nunca había habido tanto ruido, ni siquiera cuando vivía gente en los otros pisos, antes de que el edificio se fuera quedando absolutamente vacío.

Justo NAVARRO, Oppi, una obsesión (1998)

19.

En este momento de crisis, sus consejeros más importantes habían sido llamados urgentemente a su presencia, y allí estaban todos ahora, siguiendo de cerca, por la gigantesca pantalla de televisión, cada uno de los movimientos que hacía aquella cápsula de cristal de peligroso aspecto y sus ocho astronautas de aspecto desesperado. El gabinete completo estaba presente. El jefe del Ejército estaba allí, junto con otros cuatro generales. Estaba el comandante de la Marina y el comandante de las Fuerzas Aéreas, y un tragador de espadas de Afganistán, que era el mejor amigo del presidente. Estaba el principal consejero económico del presidente, quien, de pie en medio de la sala, intentaba equilibrar el presupuesto encima de su cabeza, aunque éste se le caía todo el tiempo. Quien se hallaba más cerca del presidente era el vicepresidente, una enorme señora de ochenta y nueve años con pelos en la barbilla.

Roald DAHL, Charlie y el gran ascensor de cristal (1981)

20.

¡Scrooge era un auténtico tacaño! ¡Un viejo y codicioso pecador que agarraba, estrujaba, arrancaba, arrebatava y despojaba! Era duro y afilado como el pedernal, del que ningún eslabón había logrado sacar jamás una chispa de generosidad; y cauto, cerrado y solitario como una ostra. Su frialdad interior acartonaba su viejo semblante, congelaba su nariz puntiaguda, secaba sus mejillas, envaraba su paso, enrojecía sus ojos, amorataba sus labios delgados y volvía acerada su voz chirriante. Una gélida escarcha le cubría la cabeza, las cejas, la hirsuta barbilla. Siempre llevaba consigo su baja temperatura; helaba su oficina en los días de bochorno y no se deshela ni un grado en Navidad.

Poco influían en Scrooge el frío y el calor externos.

Charles DICKENS, Canción de Navidad (?)

21.

Han pasado milenios desde entonces. Las grandes ciudades del aquel tiempo han decaído, los templos y palacios se han derrumbado. El viento y la lluvia, el frío y el calor han limado y excavado las piedras, de los grandes teatros no quedan más que ruinas. En los agrietados muros, las cigarras cantan su monótona canción y es como si la tierra respirara en sueños.

Pero algunas de esas viejas y grandes ciudades siguen siendo, en la actualidad, grandes. Claro que la vida en ellas es diferente. La gente va en coche o en tranvía, tiene teléfono y electricidad. Pero por aquí o por allá, entre los edificios nuevos, quedan todavía un par de columnas, una puerta, un trozo de muralla o incluso un anfiteatro de aquellos lejanos días.

Michael ENDE, Momo (1978)

22.

Se puede saber cómo es una persona por la forma en que ama los discos.

¿Has visto a alguien de los 60 o los 70 coger un disco? Fíjate cómo lo hacen, con qué mimo ponen los dedos en los bordes, con qué ceremonial lo sacan de la funda –por lo general en bastante buen estado-, de qué forma lo sujetan para no meter las yemas asquerosamente sudadas en las estrías, cómo les dan la vuelta. Dios..., ni siquiera se puede ser más suave y tierno con una persona del sexo contrario. [...] ¿Qué queréis que os diga? Yo les envidio. Nosotros somos la generación del compact y si os paráis a pensar un momento... eso significa algo. ¿Somos los indestructibles o tal vez los de usar y tirar? A un compact, - un CD-, puedes ponerle la mano encima, pisarlo, dejarlo fuera de la funda aunque se llene de polvo, vomitarle encima. Y ni siquiera es porque sea duro.

Jordi SIERRA i FABRA, Nunca seremos estrellas de rock (1995)

Faltaban unos segundos para que las agujas del gran reloj del salón señalasen las cinco, cuando por todo el edificio se escuchó el ulular de una poderosa sirena.

- Pero, ¿qué es eso? ¿Hay fuego? ¿Nos van a bombardear? ¡Qué barbaridad! La alarma sonó poco rato, pero fue intensa. Y causó el efecto deseado: todos los jóvenes músicos se congregaron junto a la puerta para visitar el teatro.

- Ya saben cómo serán aquí las cosas- dijo la mujer de casi doscientos kilos, esta vez sin intentar sonreír-. Cada alarma será un aviso. Y si suena dos veces habréis de dejarlo todo, sea lo que sea lo que estéis haciendo, y reuniros precipitadamente en la planta baja – luego la mujer añadió para sí, pero lo suficientemente alto como para que la escucharan los que estaban cerca:- Aunque espero que eso no suceda, por el bien de todos.

Carlos PUERTO, El espíritu del Bolshoi (1999)

El caso se presentaba absolutamente claro: las pruebas de ADN confirmaron lo que era obvio: los restos encontrados pertenecían a Mary Adams. La mujer había muerto hacía unos veinte años, a consecuencia de varios golpes que le fueron propinados en la cabeza con un objeto contundente. Y ¿quién podía haberla asesinado sino el hombre que hizo creer a todos que seguía estando viva durante diez largos años, y que se apoderó de su dinero falsificado o haciendo falsificar con su firma...? Las pruebas eran tantas y tan rotundamente acusatorias que no tenía ningún sentido que el presunto asesino se escudara en el silencio.

- Si alguien que no fue usted mató a su esposa, ¿por qué no denunció el hecho?

Concha López NARVAEZ, El silencio del asesino (1999)

25.

Una tarde estalló una terrible tempestad; se sucedían sin interrupción los rayos y los truenos, y llovía a cántaros; era un tiempo espantoso. En éstas llamaron a la puerta de la ciudad, y el anciano Rey acudió a abrir.

Una princesa estaba en la puerta; pero ¡santo Dios, cómo la habían puesto la lluvia y el mal tiempo! El agua le chorreaba por el cabello y los vestidos, se le metía por las cañas de los zapatos y le salía por los tacones; pero ella afirmaba que era una princesa verdadera.

"Pronto lo sabremos", pensó la vieja Reina, y, sin decir palabra, se fue al dormitorio, levantó la cama y puso un guisante sobre la tela metálica; luego amontonó encima veinte colchones, y encima de éstos, otros tantos edredones.

En esta cama debía dormir la princesa.

Hans Christian Andersen, La princesa del guisante (?)

26.

CARICIA

Madre, madre, tú me besas
pero yo te beso más
y el enjambre de mis besos
no te deja ni mirar...
Si la abeja se entra al lirio,
no se siente su aletear.
Cuando escondes a tu hijito
ni se le oye respirar...
Yo te miro, yo te miro
sin cansarme de mirar,
y qué lindo niño veo
a tus ojos asomar...
El estanque copia todo
lo que tú mirando estás;
pero tú en las *niñas* tienes
a tu hijo y nada más.
Los ojitos que me diste
me los tengo de gastar
en seguirte por los valles,
por el cielo y por el mar...
Gabriela MISTRAL, Caricia (?)

27.

Barcelona, capital de la provincia del mismo nombre y de la comarca del Barcelonés. El barcelonés está situado, en forma de anfiteatro, en una extensa llanura de una bahía mediterránea, entre las desembocaduras del Llobregat al sur y del Besós al norte. Al estar parcialmente rodeada de montañas, la ciudad disfruta de un clima agradable. Las Ramblas, una avenida de más de un kilómetro de longitud y de 33 a 45 metros de anchura, con carriles para la circulación a ambos lados, atraviesan la parte antigua de la ciudad, construida sobre el montículo Taber. El paseo, animado por las terrazas, los quioscos y los mercados de flores y animales domésticos, conduce desde la Plaza de Cataluña hasta el puerto. Tras la demolición de la Ciudadela (1868), Barcelona experimentó una enorme expansión de acuerdo con el plan concebido por Ildefonso Cerdà (1859) sobre el modelo de un tablero de ajedrez.

Gerard JANSSEN, Guía Artística en color (1990)

28.

No podía deshojar una margarita porque no tenía ninguna a mano... En su lugar, decidió contar las farolas que alcanzaba a ver sin volver la cabeza. Debía llamar. Para asegurarse, comparó el resultando contando las ventanas que tenía ante los ojos... Debo, no debo, debo... No debía. Entonces, ¿qué podía hacer?

En el segundo piso se movió una cortina. Moritz se estremeció. Iba a salir corriendo, pero se forzó a mirar lentamente y con naturalidad por detrás de los tablones de anuncios, como alguien que quiere estudiar un determinado cartel. Levantó la cabeza, alzó la vista en cuanto estuvo casi seguro de no ser visible desde arriba.

En la ventana había una mujer en una postura muy extraña, con los brazos extendidos hacia delante. Pasaron unos minutos antes de que Moritz reconociera a la madre de Sarah. Siempre la había visto impecablemente peinada y ahora tenía todo el cabello revuelto.

Renate WELSH, Días oscuros (1988)

29.

Se cruzó con su marido en la puerta, le puso una mano sobre el hombro desnudo y él saltó como si tratara de apartarse de un contacto eléctrico. Llevaba una camiseta blanca de tirantes, con la que debía de haber dormido por lo arrugada que estaba, y unos pantalones grises de chándal, muy desgastados. Iba descalzo y, efectivamente, ni se había afeitado ni molestado en peinarse el pelo canoso que le caía por la espalda en mechetas grasientas. Tenía profundas ojeras y las mejillas estaban amarillentas y hundidas. Se quedó en medio del salón, mirando por encima del hombro de Wolf la sábana que cubría el retrato de Timna. Metió la mano en el bolsillo, sacó un paquete de tabaco y un mechero y se encendió un cigarrillo.

Elia BARCELÓ, El caso del artista cruel (1998)

30.

Comenzamos el viaje en la raya del alba. Los jinetes, montados, guardando los flancos, y los peones en columna de a tres. Los tamemes caminaban en vanguardia y retaguardia. Los primeros llevaban los impedimentos; los últimos cuidaban de la piara de puercos y cargaban los cacharros de cocinar, los víveres y las jaulas de las pocas gallinas que habían sobrevivido a la tempestad.

El cacique iba en una silla de manos y a su lado, a caballo, don Pedro de Rueda, el maestro de campo y los capitanes de los distintos escuadrones.

También doña Ana iba en silla de manos. La rodeábamos Lucía, Juan y yo. Ella rezó un rosario con nosotros. Cuando concluyeron los rezos, nos preguntó si alguno de los tres sabía de sueños.

- Algo sé yo, señora- repuso Juan. Pues en mis peripecias he conocido echadores de cartas, lectores de manos y adivinadores de sueños.

José María MERINO, El oro de los sueños (1986)

31.

Tellagorri era un sabio: nadie conocía la comarca como él; nadie dominaba la geografía del río Ibaya, la fauna y la flora de sus orillas y de sus aguas como este viejo cínico.

Guardaba, en los agujeros del puente romano, su aparejo y su red para cuando la veda; sabía pescar al martillo, procedimiento que se reduce a golpear algunas losas del fondo del río y luego a levantarlas, con lo que quedan las truchas que han estado debajo inmóviles y aletargadas.

Sabía cazar los peces a tiros; ponía lazos a las nutrias en la cueva de Amaviturrieta, que se hunde en el suelo y está a medias llena de agua; echaba las redes en Ocín Beltz, el agujero negro en donde el río se embalsa; pero no empleaba nunca la dinamita, porque, aunque vagamente, Tellagorri amaba la Naturaleza y no quería empobrecerla.

Pío BAROJA, Zalacaín el aventurero (?)

32.

La vía férrea la custodiaban patrullas, que vigilaban el tren de reparaciones y la brigada de ferrocalileros que arreglaban las vías levantadas y retorcidas por las voladuras de los federales. Los martillazos resonaban a varios kilómetros de distancia.

Poco tiempo después avistamos Bermejillo, tomado por la vanguardia de Villa dos semanas atrás. Lo primero que resaltaba era la estación y el depósito de agua, y unas cuantas edificaciones que se mantenían aún en pie, a pesar del castigo de la artillería.

Un largo tren estaba estacionado en la vía y de sus vagones entraban y salían hombres, caballos y mulas.

Por todas partes se veían caballos, mulas y carros aprovisionamiento. A ambos lados de las vías, la tropa hormigueaba con sus soldaderas y familiares.

Juan MADRID, Los cañones de Durango (1996)

33.

El muchacho fue hasta su cuarto y juntó todo lo que tenía. Eran tres bolsas llenas. Cuando ya se disponía a salir, se dio cuenta de que en un rincón del cuarto, estaba su vieja alforja de pastor. Estaba muy estropeada y ya casi no se acordaba de ella. Allí dentro se hallaba todavía el mismo libro y la chaqueta. Cuando sacó la chaqueta, pensando regalarla a un chico de la calle, las dos piedras rodaron por el suelo. Urim y Tumim.

El muchacho se acordó entonces del viejo rey y quedó sorprendido al darse cuenta de cuánto tiempo hacía que ya no pensaba en él. Durante un año había trabajado sin parar, pensando únicamente en conseguir dinero para no volver a España con la cabeza baja.

- Nunca desistas de tus sueños- le había dicho el anciano rey-. Sigue las señales.

Paulo COELHO, El alquimista (1990)

34.

El ruido era ensordecedor de la explanada que se abría frente a la gran mezquita: canteros, picapedreros y talladores finos de piedra, golpeaban sin cesar bloques de mármol formando un repiqueteo metálico incesante. Los altos andamios de madera se alzaban por todas partes; tiradas por bueyes cansinos llegaban continuamente carretas cargadas de materiales pesados, y los capataces iban y venían impartiendo órdenes o inspeccionando el trabajo. Carpinteros, herreros y fundidores trabajaban también al aire libre, mezclando el ruido de sus herramientas al resto del concierto, y eran continuas las voces de “¡adelante!”, “¡apartaos de ahí!”, “¡cuidado con esos tablones!”, “¡más aprisa!”. La gran Mezquita, levantada por Abd-al-Rahman II. Y ahora, al-Haken, ante el rápido crecimiento de la población cordobesa, estaba empeñado en una tercera ampliación. Incluía doce nuevos tramos de arquerías que culminaban en un flamante mihrab.

José Luis VELASCO, El misterio del eunuco (1995)

35.

Lo primero que hay que saber que en la corte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes como yo, que no se les conoce raíz ni mueble, ni otra cepa de la que descienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos, caballeros insustanciales; otros, vacíos, falsos, despreciables, desvanecidos y hambrientos.

Es nuestra abogada la industria; pagamos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones y convidados por fuerza. Sustentámonos así del aire, y andamos contentos.

Francisco de QUEVEDO, El Buscón

36.

El hombre del casco desmontó y se retiró con el capitán del barco a una sombra, para interrogarle muy severamente sobre nuestra procedencia y propósitos. Mantenía una actitud de reserva y hasta de sospecha, que solamente depuso cuando obtuvo cumplida y minuciosa explicación de las circunstancias de nuestro naufragio.

Al parecer, aquellos soldados pertenecían al ejército de don Francisco de Montejo, hijo del Adelantado de igual nombre a quien el Emperador otorgara un día la conquista de Yucatán. Al ver a nuestra gente, habían temido que se tratase de una expedición de descubridores y estaban dispuestos a defender, incluso violentamente, su derecho exclusivo de conquista.

José María MERINO, La tierra del tiempo perdido (1987)

37.

Al decir esto manoteó queriéndome atrapar como si yo fuera un mosquito. Con el dorso de la mano alcanzó a pegarme en la cabeza; a consecuencia del golpe fui a dar contra la pared. Tuve la impresión de que había pasado un cometa con una cola muy larga en el momento en que me caía al suelo. Lo último que alcancé a ver fue al hombre en el momento en que le cubría la cabeza a Jeanie con uno de los sacos que habíamos visto antes. El cometa se fue haciendo cada vez más brillante, hasta que pareció dividirse en varios, pero esta vez los veía por la abertura de la puerta; después vi unos hombres que llevaban unas linternas como la que usa mi padre, y hasta me pareció que uno de ellos era él. Pero no, no podía ser; sin duda el golpe me hacía delirar.

William IRISH, Aprendiz de detective (1998)

38.

¡Nieva!

El viejo salta de la cama ilusionado como un niño: en su tierra la nieve es maravilla y juego, promesa de rico pasto y gordas reses. Al ver caer los copos se asoma a la ventana, pero en el fondo del patio no hay blancura. La ciudad la corrompe, como a todo, convirtiéndola en charcos embarrados. Se le ocurre no salir, pero cambia de idea: quizás en los jardines haya cuajado la nevada. Además, así se libra de Anunziata, que hoy viene antes porque Andrea tiene clases temprano.

No es que se entienda mal con ella; es que Anunziata es maniática de la limpieza y su invasión sucesiva de las habitaciones recuerda a los alemanes: ¡hasta lleva su aspiradora por delante como un tanque! El viejo se repliega de cuarto en cuarto, retirando además sus provisiones secretas del escondite bajo el diván-cama, mientras le limpian su habitación.

José Luis SAMPEDRO, La sonrisa etrusca (?)

39.

Kino se despertó cuando aún estaba oscuro. Todavía brillaban las estrellas y el día sólo había podido desteñir con su pálida luz la parte más oriental del cielo junto al horizonte. Hacía ya rato que los gallos cantaban, y los cerdos más madrugadores habían comenzado a rebuscar incesantemente por entre la leña y los restos de madera para ver si daban con algo que comer, algo que se les hubiera pasado por alto hasta entonces. Fuera de la casa, hecha de ramas, una bandada de pajarillos piaba y agitaba frenéticamente las alas en medio de un campo de higos chumbos.

John STEINBECK, La perla

40.

Tom presentóse a la tía Polly, que se hallaba sentada junto a la ventana abierta de un agradable aposento de la parte de atrás, el cual era una combinación de alcoba, comedor y biblioteca. El balsámico aire estival, la quietud llena de reposo, el perfume de las flores y el soñoliento zumbido de las abejas habían obrado su efecto, y tía Polly estaba dando cabezadas sobre su labor de calceta, pues no tenía más compañía que el gato y éste se le había dormido en el regazo. Como medida preventiva, se había subido los lentes sobre su cabeza gris. Estaba tan segura de que Tom habría desertado hacía un buen rato, que se maravilló al ver que se entregaba a ella de un modo tan audaz.

Mark, TWAIN, Las aventuras de Tom Sawyer (?)

41.

La noche era fría y húmeda, por lo que, en la pequeña sala de estar de la finca Laburnum, los postigos estaban cerrados y el fuego ardía vivamente. Padre e hijo jugaban al ajedrez; el primero tenía ideas personales sobre este juego y ponía al rey en tan desesperados e inútiles peligros, que provocaba los comentarios de la vieja señora que tejía plácidamente junto a la chimenea.

- Escuchad el viento –dijo el señor White.

Había cometido un error fatal y trataba de que su hijo no lo advirtiera.

-Ya lo oigo- dijo éste moviendo implacablemente la reina -. Jaque.

- No creo que venga esta noche- dijo el padre, con la mano apoyada sobre el tablero.

-Mate- contestó el hijo.

-Esto es lo malo de vivir tan lejos- vociferó el señor White con improvista y repentina violencia.

William W. JACOBS, La pata de mono (1902)

1.

Memorizad en 60 segundos todas las palabras del texto que podáis que lleven B. Luego, escribidlas en un papel o en la pizarra.

2.

Memorizad en 60 segundos todas las palabras del texto que podáis que lleven V. Luego, escribidlas en un papel o en la pizarra.

3.

Memorizad en 60 segundos todas las palabras del texto que podáis que lleven G. Luego, escribidlas en un papel o en la pizarra.

4.

Memorizad en 60 segundos todas las palabras del texto que podáis que lleven J. Luego, escribidlas en un papel o en la pizarra.

5.

**Memorizad en 60 segundos todas
las palabras del texto que podáis
que lleven H, Y o LL
indistintamente. Luego, escribidlas
en un papel o en la pizarra.**

6.

**Dicta a tu compañero/a el primer
párrafo del texto.
(En un papel o en la pizarra)**

7.

**Dicta a tu compañero/a el segundo
párrafo del texto.
(En un papel o en la pizarra)**

8.

**Memorizad en 60 segundos todas
las formas verbales en pasado
del texto.
Luego, escribidlas
en un papel o en la pizarra.**

9.

**Copiad sin faltas el segundo párrafo
del texto**

lo más rápido

posible y que sea inteligible.

(En un papel o en la pizarra)

El dictado se colgará al fondo de la clase dejando dos pasillos laterales por los que deberán ir y venir los alumnos para copiar lo que se les pide.

10.

**Copiad sin faltas el primer párrafo
del texto lo más rápido posible y que
sea inteligible.**

(En un papel o en la pizarra)

El dictado se colgará al fondo de la clase dejando dos pasillos laterales por los que deberán ir y venir los alumnos para copiar lo se les pide.

11.

**Memorizad en 60 segundos todas las
palabras acentuadas del texto
que podáis.**

**Luego, escribidlas en un papel o
en la pizarra.**

12.

**El equipo contrario tendrá 2 minutos
para escoger 10 palabras del texto y
escribirlas bien o mal.**

**El otro equipo,
tendrá que darse cuenta
cuando hay un error y corregirlo.**

13.

**Copiar la primera palabra y la última
de cada oración del texto lo más
rápido posible y que
sea inteligible.**

(En un papel o en la pizarra)

El dictado se colgará al fondo de la clase dejando dos pasillos laterales por los que deberán ir y venir los alumnos para copiar lo que se les pide.

14.

**Cada equipo tendrá 60 segundos
para extraer del texto dos reglas
ortográficas y escribir ejemplos del
texto que las representen.**

15.

**Copiad sin faltas tres líneas del texto
que lleven al menos una b o v**

lo más rápido

posible y que sea inteligible.

(En un papel o en la pizarra)

El dictado se colgará al fondo de la clase dejando dos pasillos laterales por los que deberán ir y venir los alumnos para copiar lo que se les pide.

16.

**Copiad sin faltas tres líneas del texto
que lleven al menos una h**

lo más rápido

posible y que sea inteligible.

(En un papel o en la pizarra)

El dictado se colgará al fondo de la clase dejando dos pasillos laterales por los que deberán ir y venir los alumnos para copiar lo que se les pide.

17.

**Cada equipo tendrá 60 segundos
para memorizar tantos sustantivos
como pueda y copiarlos en la pizarra
o en un papel.**

18.

**Los dos equipos tendrán 60 segundos
para escoger tres sustantivos y escribirlos
en un papel o en la pizarra.**

**Luego,
tendrán que escribir dos palabras derivadas
de cada uno de los sustantivos escogidos por el
oponente. También se dispondrá
de 60 segundos.**

19.

**Memorizad en 60 segundos todos
Los adjetivos del texto que podáis.
Luego, escribidlos
en un papel o en la pizarra.**

20.

**Memorizad en 60 segundos todas
las palabras del texto que podáis
que lleven S, X, C, QU o CC. Luego,
escribidlas en un papel o en la pizarra.**

21.

**Memorizad en 60 segundos todos
los adverbios del texto que podáis.
Luego, escribidlos
en un papel o en la pizarra.**

22.

**En dos minutos escribid 20 palabras
derivadas de nombres simples que
aparezcan en los dictados trabajados.
Ejemplo: casa - *caserón***

23.

En 60 segundos escribid todos los
sustantivos posibles de las formas
verbales del texto.

Ejemplo: canto - *canción*

24.

En 60 segundos escribid todos
los adjetivos calificativos posibles de
los nombres del texto.

Ejemplo: amabilidad- *amable*

25.

En dos minutos escribid tres campos léxicos de tres palabras simples del texto. Cada campo léxico tiene que tener un mínimo de dos palabras.

Ejemplo: pan – *panecillo, empanada, Panera, panadería, etc.*